

Los diplomáticos y los hombres políticos preveían ya próximas dificultades y complicaciones; pero la mayoría del público se entregaba á una alegría muy natural. La gente de negocios recobraba tanta confianza que en pocos días la renta subió cinco francos. También se tranquilizaban los católicos, antes muy alarmados. El partido republicano y hasta el orleanista tenían entonces simpatías italianas muy marcadas. El duque de Aumale había obtenido del rey Víctor Manuel autorización para que el duque de Chartres sirviera bajo las banderas del Piamonte, al lado del ejército francés. Muchos hombres que más adelante fueron hostiles á la unidad italiana, veían con gusto la liberación de Milán.

M. de la Gorce tenía razón en decir: «Francia, que andando el tiempo debía mostrarse tan implacable con Napoleón III, fué entonces mucho más indulgente para el monarca de lo que el monarca lo fué para consigo mismo.» Francia no quiere á sus jefes sino mientras son afortunados. El emperador no había tenido más que felices resultados desde su advenimiento al trono hasta la conclusión de la guerra de Italia: por esto era popular.

El domingo 7 de agosto, el vencedor de Magenta y Solferino salía de Saint-Cloud para ir á pasar unos cuantos días en el campamento de Chalons. Llegado á las seis de la tarde á la estación de Mourmelon, fué recibido allí por el general Schramm, comandante en jefe del campamento; montó á caballo y pasó á su cuartel general entre una doble fila de tropas de todas armas que le aclamaban.

Al hacerse de noche y á la señal dada por un cañonazo, una iluminación repentina alumbró el campamento. A las diez otro cañonazo marcó el término de la iluminación. La obscuridad y el silencio sucedieron á las luces multicolores y á los redobles de los tambores que tocaban retreta.

A las ocho de la mañana del día siguiente el emperador asistía á las maniobras. Por la tarde visitó los establecimientos agrícolas construídos por el cuerpo de ingenieros. Sorprendiendo á los soldados en sus tareas habituales ó en su descanso, era á su paso objeto de ovaciones cuya espontaneidad le lisonjeaba en extremo. Napoleón III tenía cariño al ejército, pues sabía que le debía su trono y su prestigio. Nunca se daba por mejor servido ni mejor comprendido que por sus tropas. Cuando á las seis y media de la tarde regresó al gran cuartel general, los soldados echaron á correr por el llano á la orilla del camino para formarse allí de nuevo y aclamar una vez más á su emperador. Después de comer, asistió á una función teatral dada en el campamento, y el 9 fué á visitar las obras ejecutadas por su orden en el establecimiento termal de Plombières. El 10 estaba de vuelta en Saint-Cloud. El 11 creaba la medalla de Italia para los oficiales y soldados que habían hecho la campaña; rodeada de una corona de laureles, esta medalla tiene por un lado la efigie del monarca con las palabras: «Napoleón III emperador,» y por el otro los nombres de las seis victorias: «Montebello, Palestro, Turbigo, Magenta, Marignán y Solferino»

LXIV

EL REGRESO DE LAS TROPAS DE ITALIA

Napoleón III ha querido aplazar toda ceremonia triunfal hasta el momento en que sus tropas vuelvan de Italia. Sabe cuánto les debe, y tiene en más la gloria de su ejército que la suya propia.

El 23 de julio las tropas que acaban de hacer la campaña reciben la orden de regresar á Francia, á excepción de cinco divisiones de infantería y dos brigadas de caballería, que quedarán en Italia hasta que sea un hecho la ratificación de la paz.

Las falanges victoriosas están acampadas en San Mauricio, adonde acuden muchedumbres de parisienses para verlas acampadas bajo sus tiendas. Se ha fijado su entrada solemne en la capital para el domingo 14 de agosto. Será el día más hermoso del segundo Imperio.

Las tropas saldrán del campamento de San Mauricio de modo que la cabeza de columna, pasando por el arrabal de San Antonio, llegue á la plaza de la Bastilla á las nueve de la mañana. Allí se pondrá la comitiva en marcha por el orden siguiente:

El emperador con su cuarto militar y su séquito;

Las cuatro banderas austriacas llevadas, la primera por un cazador de á pie de la guardia imperial y escoltada por dos soldados de cada regimiento de la guardia, y las otras tres por soldados del 1.º, 3.º y 4.º cuerpos;

Los cuarenta cañones austriacos;

El mariscal Regnaud de Saint Jean d'Angely al frente de la infantería de la guardia, cazadores de á pie, tiradores, zuavos, granaderos y artillería de á pie y de á caballo;

El mariscal Baraguey d' Hilliers y el primer cuerpo;

El mariscal de Mac-Mahón, duque de Magenta, y el segundo;

El mariscal Canrobert y el tercero;

El mariscal Niel y el cuarto;

La caballería de la guardia cerrará la marcha.

A partir de la plaza de la Bastilla las tropas seguirán los bulevares y la calle de la Paz, pasarán por la plaza de Vendome por delante del emperador situado á la entrada del ministerio de Justicia, y volverán por la calle de Rívoli.

La guardia nacional y el ejército de París formarán en doble fila desde la

Bastilla hasta la plaza de Vendome, y desde esta plaza hasta el palacio de las Tullerías.

Las tropas del ejército de París vestirán de gala y el ejército de Italia en traje de campaña.

Se calcula en más de quinientos mil el número de provincianos y extranjeros llegados á París para asistir á tan incomparable fiesta. Todas las fondas están llenas de forasteros hace ocho días. Los trenes de recreo han llevado curiosos de todas las capitales: las floristas han requisado hasta las flores de Niza y de Montpellier. En el itinerario de las tropas, los alquiladores de ventanas han hecho su agosto en pocas horas. Todas las ventanas, todos los balcones rebosan de gente. Los tejados están atestados: los tenderos han vaciado sus escaparates para poner gradas ocupadas por curiosos. Algunos de éstos, más intrépidos, se han instalado en el estanque del Chateau d'Eau, donde permanecerán muchas horas con agua hasta la cintura.

Un sol magnífico favorece aquel día triunfal. El itinerario del ejército victorioso es como una vía sacra para los héroes de Magenta y de Solferino. Todas las casas están engalanadas. Comienza el desfile. En la plaza de la Bastilla, á la entrada del bulevar, se eleva un arco de triunfo que imita la fachada de la catedral de Milán. En su vasto triángulo de mármol se abren tres arcadas. Encima de la puerta principal descuellan una estatua de la Paz con el ramo de olivo en una mano y el cuerno de la abundancia en otra. Al pie de la estatua se lee en una cartela: «Al emperador, al ejército de Italia, la ciudad de París.» Otra cartela contiene los nombres de las seis victorias. En el basamento del arco, unas estatuas rodean la lista de los regimientos. Unos bajos relieves que representan santos en sus nichos y varios pináculos rematados en estatuillas recuerdan la catedral lombarda. La libertad italiana y la gloria francesa se asocian en un mismo recuerdo.

El emperador avanza á la cabeza de su ejército. ¡Tregua al espíritu de partido! Ya no hay más que franceses que aplauden con alegría, con entusiasmo, con frenesí, á otros franceses que vuelven vencedores. Los mismos que la víspera censuraban la guerra de Italia, hoy sólo piensan en el júbilo de la victoria. La muchedumbre está enajenada, electrizada; de ventanas y balcones cae una lluvia de flores y el camino está sembrado de coronas. La comitiva avanza bajo una lluvia de rosas, sobre una alfombra de follaje. Se plantan ramos en la punta de las bayonetas; los caballos van cargados de guirnaldas. Hay personas que, rompiendo las filas, se acercan á los soldados y les ofrecen cigarros, tabaco, vasos de cerveza y copas de vino.

Como lo dirá el cronista de la *Revista de Ambos Mundos*: «Conmueve ver á aquellos soldados, hijos del pueblo, regresar orgullosos, después de haber cumplido con su deber, en medio de este pueblo, que se admira en ellos. De esas armas que han sembrado la muerte, de esos rostros intrépidos que acaban de mirarla frente á frente, se escapa una electricidad heroica que penetra en las

multitudes y las satura de los sentimientos del poderío y de la gloria nacionales. No hay alegría popular más noble y más hermosa. Estas grandes escenas son excitaciones interesantes para esa ingenua y maravillosa abnegación de las masas cuyos pródigos sacrificios constituyen la grandeza militar de una nación y de un gobierno.

La comitiva sigue su marcha. Frente al Circo de Invierno encuentra un gran pórtico pintado de azul y oro, sobre el cual hay un águila gigantesca con las alas desplegadas; en una de sus garras tiene una rama de laurel, símbolo de la gloria, y la espada de Francia, y en la otra la bandera tricolor con la cruz de la Legión de Honor, y en la cual están inscritos los nombres de los regimientos que la han ganado. En el bulevar del Temple, dos columnas estriadas llevan la cifra imperial en el centro de un trofeo de armas. Enfrente del teatro de la Puerta San Martín hay dos grandes mástiles adornados de haces, escudos é inscripciones, viéndose en varios puntos otros análogos.

Para que descansen un poco los heridos que van á pie en la comitiva, el emperador manda hacer un alto y luego prosigue la marcha. Había tanto entusiasmo entre las personas acomodadas como entre la gente del pueblo. Todas las clases de la sociedad, lo mismo que todos los partidos, se unían en un sentimiento de respeto, de admiración, de gratitud al ejército. Las mujeres se hacían notar por el ardor de sus demostraciones; agitaban sus pañuelos, echaban ramos y flores; se podía creer que se había vuelto á los tiempos de la caballería, en los que no había mejor juez que el sexo femenino.

La cabeza de la columna, después de recorrer toda la línea de los bulevares, se acercaba á la calle de la Paz, por la que debían pasar las tropas para ir á la plaza de Vendome. En el bulevar, en el eje de la calle, aparecía una estatua colosal de la Paz teniendo á sus pies un león de bronce, símbolo de la moderación en la fuerza.

Echemos ahora una ojeada á la plaza de Vendome. Allí resultará más brillante la solemnidad. Los balcones de todas las casas ostentaban colgaduras de terciopelo carmesí en las cuales se destacaban N y abejas de oro. Las banderas y las águilas se mezclaban con banderas de follaje. Alrededor de la columna había plantados mástiles dorados con gallardetes tricolores; y en los cuatro ángulos del zócalo había suspendidas guirnaldas unidas con coronas de laurel pasadas por el cuello de águilas de bronce. La verja que rodea el monumento estaba cargada de festones y ramos. Alrededor de la plaza, y dejando el centro despejado, se elevaban graderías hasta los primeros pisos de las casas, que podían contener hasta diez mil personas.

Delante del ministerio de Justicia, enfrente de la columna de Vendome, se había instalado una tribuna sostenida por un antecuerpo de arquitectura de orden toscano. Sobre ella, unos mástiles dorados sostienen un toldo listado de oro y púrpura: un rico tapiz con grupos de banderas tricolores cubre el fondo. Una colgadura de terciopelo carmesí, recogida con gruesos cordones de oro y ador-

nada con el blasón y la cifra imperial, adorna el antepecho. Esta tribuna está reservada para la emperatriz.

A las diez menos cuarto cuatro carruajes de gala, precedidos de correos con la librea imperial, desembocan en la plaza. En ellos iban la emperatriz, el príncipe imperial y su comitiva. La primera, radiante de belleza, llevaba un vestido blanco y una manteleta negra con bordados azules prendida con un broche de brillantes. El príncipe vestía el uniforme de los granaderos de la guardia, con gorrita azul y encarnada. La madre y el hijo, saludados con una aclamación universal, se apean del coche y toman asiento en la tribuna.

Todas las miradas se vuelven hacia la calle de la Paz, por la que deben desembocar el emperador y su ejército. Al poco rato los cien guardias, con timbales y trompetas, hacen su aparición precediendo al soberano que cabalga en un magnífico caballo alazán. Lleva el uniforme de general de división con sombrero de plumas blancas y la banda de la gran cruz de la Legión de Honor. Todos los espectadores se ponen de pie y resuena un inmenso grito de «¡viva el emperador!» saludando así al general en jefe como al soberano.

Napoleón III se detiene en medio de la plaza, y sin apearse del caballo se sitúa al pie de la tribuna de la emperatriz. Las tropas van á desfilar por delante de él. Apenas las ve el príncipe imperial, se levanta, desenvaina su pequeña espada y blandiéndola saluda á los soldados. Aquel movimiento del niño le vale una salva de aplausos.

Llegan las cuatro banderas austriacas llevadas por los soldados que las han cogido, y el gentío contempla respetuosamente aquellos nobles trofeos, defendidos y conquistados tan valerosamente: sin duda recuerda la frase de Napoleón I después de la batalla de Austerlitz: «¡Llor al valor desgraciado!» Siguen los cuarenta cañones austriacos con sus atelajes. Luego un escuadrón de guías, y precedidos por tres capellanes los heridos que han podido andar el trayecto á pie desde la plaza de la Bastilla. Sus manos mutiladas apenas pueden sostener las coronas y ramos que la muchedumbre les ha arrojado. Uno de ellos, joven oficial, lleva los dos brazos en cabestrillo. ¡Cómo se agradece su presencia á aquellos heridos á pesar de sus padecimientos! ¡Cómo se les admira y cómo se les quiere! ¡Cuánto se desearía aliviar sus males! Cuando pasan se oye un prolongado murmullo de compasión y de cariño. Ellos mismos parecen maravillados de la ovación que se les hace. A los héroes nada les parece tan sencillo y natural como el heroísmo.

Llega el comandante en jefe de la guardia imperial, Regnaud de Saint Jean d'Angely, que ha conquistado en la batalla de Magenta su bastón de mariscal; los dos generales de división de la infantería de la guardia, Mellinet, cuyos granaderos y zuavos, en número de menos de cuatro mil, se resistieron más de tres horas contra cuarenta mil austriacos á orillas del Naviglio Grande, y Camón, cuyos tiradores y cazadores se apoderaron de la torre de Solferino y de las alturas circunvecinas. ¡Cuán orgulloso debe estar el emperador de las tropas escogi-

das de su guardia! Cada uno de los regimientos de que se compone le entrega al pasar su bandera, mientras la música toca al pie de la columna.

Sigue Baraguey d'Hilliers, mariscal desde la toma de Bomarsund, al frente del primer cuerpo. Luego el segundo cuerpo con su comandante en jefe Mac-Mahón, á quien la victoria ha hecho mariscal de Francia y duque de Magenta: entre sus tropas van los tiradores argelinos, los turcos, detrás de los tres capellanes, tres sacerdotes católicos respetados por ellos á pesar de la diferencia de religión: helos ahí, con su uniforme azul celeste bordado de trencillas amarillas y sus tipos que resumen todas las razas del Norte de Africa, desde la negra hasta la árabe; en sus estandartes figuran la media luna del Islam y la mano abierta, ese preservativo contra los maleficios, esculpido en el arco de la primera puerta de la Alhambra.

Acércase Canrobert, mariscal desde la guerra de Crimea, con el tercer cuerpo, y luego el cuarto, mandado por Niel, que ha ganado su bastón de mariscal en Solferino, donde sus regimientos sin excepción han luchado todo el día con la mayor energía.

La artillería de cada cuerpo pasa con sus cañones adornados de guirnaldas, y á veces un clavel ó una rosa van metidos en el oído por el que se pegaba fuego á la pólvora.

No, no se dirá que los vencedores de Magenta y Solferino han sido menos aclamados por los parisienses que por los milaneses. Entre los habitantes de las dos ciudades ha habido emulación de entusiasmo y de aplausos.

El desfile va á terminar. M. Bachón, caballero del príncipe imperial, baja de la tribuna al augusto niño, que no ha cesado de aplaudir, y se lo lleva á Napoleón III, que lo besa y lo pone en el arzón delantero de su silla á los gritos mil veces repetidos de «¡viva el emperador!, ¡viva la emperatriz!, ¡viva el príncipe imperial!»

Durante todo el desfile ha hecho un tiempo magnífico; pero á las tres, y en el mismo momento en que todo ha terminado, estalla una tormenta que recuerda la de Solferino, pero no es tan fuerte ni dura tanto como ésta, sino que se disipa pronto, el cielo se despeja y una muchedumbre inmensa circula por calles y bulevares. Por la noche será aún más considerable para admirar las iluminaciones. La plaza de la Concordia y el Jardín de las Tullerías brillan con los colores de Francia y Cerdeña. En el ministerio de Marina dos genios de llamas rodean el águila imperial. La torre de Santiago y las de Nuestra Señora resplandecen. Cuéntase que las golondrinas, engañadas por tantos soles, han volado por las calles.

Mientras tanto, en el salón de los Estados del Louvre el emperador celebra un banquete en honor del ejército de Italia. Se ha dispuesto una mesa en un tablado, de la que parten otras tres que ocupan toda la longitud del salón. Los individuos de la familia imperial, los ministros, los mariscales, los grandes dignatarios y sus esposas, los generales y los coroneles toman asiento á la mesa. En

las tribunas están los coros de la Opera y dos orquestas. Tantos uniformes, las damas con lujosos trajes de gala, los ricos centros de mesa con figuras de plata, las canastillas de flores, las arañas, los candelabros, presentan un golpe de vista encantador.

La voz fuerte y bien timbrada del emperador resuena en las bóvedas del salón. No se pierde una palabra de su arenga: «Señores, dice, la alegría que siento al verme entre la mayoría de los jefes del ejército de Italia, sería completa si no se mezclara con ella el sentimiento de ver que se han de separar en breve los elementos de una fuerza tan bien organizada y tan temible. Como soberano y como general en jefe os vuelvo á dar las gracias por vuestra confianza. Era muy lisonjero para mí, que aún no había mandado ejércitos, encontrar tal obediencia por parte de los que tenían gran experiencia de la guerra. Si el triunfo ha coronado nuestros esfuerzos, tengo una satisfacción en atribuirlo en gran parte á los generales hábiles y adictos que han hecho fácil mi mando, porque, animados del fuego sagrado, han dado constante ejemplo del deber y del desprecio de la muerte.»

A estas palabras sencillas y modestas, Napoleón III añade: «Una parte de nuestros soldados va á volver á sus hogares; vosotros mismos vais á dedicaros de nuevo á las ocupaciones de la paz. Sin embargo, no olvidemos lo que hemos hecho juntos. Que el recuerdo de los obstáculos vencidos, de los peligros evitados, de las imperfecciones señaladas, acuda con frecuencia á vuestra memoria; porque para todo hombre de guerra el recuerdo es la ciencia misma.

»En conmemoración de la campaña de Italia haré distribuir una medalla á todos cuantos han tomado parte en ella, y quiero que hoy seáis los primeros en llevarla. Deseo que de vez en cuando haga que os acordéis de mí, y que al leer los nombres gloriosos inscritos en ella, cada cual diga: — Si Francia ha hecho tanto por un pueblo amigo, ¿qué no hará por su independencia?»

LXV

EL SANTO DEL EMPERADOR

El domingo 14 de agosto habíase celebrado la fiesta del ejército; el lunes 15 se celebró la del emperador. Desde el principio del reinado jamás se había solemnizado el 15 de agosto con tanta magnificencia. Jamás se había visto en la gran capital semejante afluencia de provincianos y extranjeros, ni la ciudad había parecido tan bella y tan majestuosa.

Hay que reconocer que Napoleón III era un director de escena admirable. Aunque de costumbres y gustos sencillos, en las grandes ocasiones tenía el arte de organizar soberbios espectáculos, pomposas solemnidades que sorprendían las imaginaciones. Sabía que la nación francesa ama lo que brilla.

Por espacio de dos días y dos noches holgó la población. El domingo y el lunes compitieron en esplendor. Ricos y pobres olvidaban sus cuidados habituales para no pensar más que en la gloria nacional y en el júbilo de la victoria. París no ha vuelto á ver nada igual á aquellos días triunfales.

Los soldados, mezclados con la multitud, se paseaban por la ciudad y se les pedía que contaran episodios de la guerra de Italia. No se cesaba de admirar las figuras marciales y los uniformes variados y pintorescos de los regimientos. El pueblo y el ejército fraternizaban.

En la capilla de las Tullerías se cantó un *Te Deum*, y otro en Nuestra Señora.

En todos los teatros se dieron funciones gratuitas, y entre los puentes del Alma y de Jena hubo regatas. A las cinco de la tarde se remontó un enorme globo desde el centro de la Explanada arrojando infinidad de banderitas multicolores, así como lastre de arena azul, blanca y encarnada.

Por la noche hubo en todas partes magníficas iluminaciones y á la entrada del Campo de Marte se disparó un gigantesco castillo de fuegos artificiales.

Milán y Turín celebran, como París, el santo del emperador.

Los italianos necesitaban aún al vencedor de Solferino. Los unitarios estaban resueltos á valerse de él, de bueno ó mal grado, para la realización de su programa, y no vacilaban en reconocer que únicamente Francia podría preservarles de la eventualidad de un desquite ofensivo por parte de Austria. Lombardos y piemonteses se mostraron el 15 de agosto tan celosos como si hubieran sido súbditos de Napoleón III. En la catedral de Milán se cantó un *Te*